

LA HOJA DEL PUEBLO

SEMANARIO PATRIÓTICO Y CATÓLICO.

 HEMEROTECA NACIONAL
MEXICO

CONDICIONES.

Este periódico se publicará una vez por semana. La suscripción vale 18 cts. cada mes, dentro y fuera de esta ciudad, y se pagará adelantada. A los vendedores y corresponsales se les dará el 25 p^o de utilidad.

REDACTOR RESPONSABLE EN TURNO,

Lic. Manuel Iturrigarria.

CONDICIONES.

Los avisos y remitidos de interés particular se publicarán á precios convencionales.

Este periódico se vende en la librería del Sr. San-German y en el Colegio del Sagrado Corazon de María.



JESUCRISTO.

"Cuando hay que hablar de Jesucristo, se siente una especie de compresión involuntaria. Témesse, cuando no se le pronuncia de rodillas y adorándole, profanar, con solo repetir, ese nombre infame, y para con el cual el respeto mas profundo pudiera ser todavía una blasfemia. Los que lo niegan absolutamente, llevan en ello su castigo. Véase á los hombres mas grandes de los modernos anticristianos, Federico de Prusia, La Place, Goethe; mírese bien á todo el que ha desconocido á Jesucristo, en su entendimiento lo mismo que en su corazón, y se advertirá que carecia de algo.... Hagámonos por lo ménos un eco fiel, repitiendo sin reserva y de todo corazón estas palabras de M. de la Chaise, en su prólogo á la obra de Pascal: "Aunque no hubiera profecías sobre Jesucristo y no hubiera realizado milagros, hay algo tan divino en su doctrina, y en su vida, que no puede ménos de electrizarlos; y así como no existe ni verdadera virtud, ni rectitud de corazón sin amor á Jesucristo, tampoco existe inteligencia, ni delicadeza de sentimientos, sin admirar á Jesucristo." (*)

Estas palabras han sido escritas por un célebre incrédulo.

Los creyentes ¿qué dirémos? Con temor y temblor y amor nos llegamos al tabernáculo de nuestro Dios para adorarle.

"En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio en Dios. Todas las cosas fueron hechas por Él, y sin Él nada se hizo de cuanto hecho fué. En Él mismo estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres." Pero los hombres se apartaron de la luz y se alejaron de la vida y caminaron en las sendas de las tinieblas y se sentaron en la sombra de la muerte. Mas en medio de aquellas tinieblas lucía la luz, aunque las tinieblas no la comprendían. Esa luz resplandecía sobre las frentes de los patriarcas, amigos de Dios, y despues sobre las frentes de los profetas, enviados por Dios; y los hombres olvidaron las enseñanzas de los patriarcas y escarnecieron y mataron á los profetas. Hasta el mismo pueblo, heredero de Abraham y depositario de las prome-

tas divinas, fué rebelde y prevaricador y amante del pecado.

Mas en la tenebrosa noche que pesaba sobre aquellas edades, la luminosa tradición de la promesa paradisiaca no se habia apagado por el todo ni perdido completamente. Todos los pueblos esperaban al que habia de venir. Todas las teogonías conservaban, aunque desfigurada, la idea de la venida de un Dios. El mundo todo le esperó cuarenta siglos. El pueblo de Abraham, tan numeroso como las arenas del mar ó como las estrellas del cielo, era el predestinado para que de su seno saliera el Divino Libertador; y en medio de ese pueblo aparecieron los profetas, y trazaron entre todos ellos todas las señales por las que la humanidad podría conocer á su Redentor. Dibujaron las formas de su fisonomía y anunciaron los pormenores de su vida y de su muerte, por tal clarísima manera que al leer los profetas, muchas veces mas bien parece que se lee la historia del Cristo que la profecía sobre el Cristo; y hasta tal punto, que uno de los hombres mas anticristianos de nuestros tiempos, Mr. Renan háse visto obligado por esa exactísima correspondencia entre los vaticinios y los sucesos á decir que "la profecía ha hecho entrar á la historia en la religion." Y no sólo fueron detallados esos pormenores, sino tambien fijado por Daniel el tiempo en que habia de venir á la tierra la justicia eterna; y vivos presentimientos y ansiosa expectation del mundo que esperaba al Deseado de las Naciones se hicieron sentir cuando tocaba á su término el tiempo prefijado por Daniel y llegaba la plenitud de los tiempos; presentimientos y expectation de que nos da largo é irreprochable testimonio toda la clásica antigüedad. Y cuando llegaron los tiempos, apareció sobre la tierra la sublime niña, la Virgen anunciada por Isaias, y escogida por el Padre, para que en ella por virtud del Espíritu Santo se realizara la Encarnacion del Divino Verbo. "Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros y vimos su gloria, gloria como la del Unigénito del Padre, lleno de gracia y verdad."

Y la venida del Verbo, por una revolucion divina sin modelo ni copia posible en la historia, renovó la faz de la tierra.

No se vió jamás, ni jamás volverá á verse revolucion igual en toda la prolongacion de los tiempos; ningun hombre pisará la tierra, cuya faz pueda eclipsar la faz resplandeciente de Jesucristo, ni que tenga ese carácter divino que en su persona y en sus obras resplandeció, y que no han podido dejar de reconocer ni los mas acérrimos enemigos de su palabra.

Valga por los mil testimonios que podríamos presentar aquí, el que en un momento de lucidez le tributó aquel grande

y melancólico, pero impío genio del siglo décimo octavo, J. J. Rousseau.

"¡Qué dulzura, qué pureza en sus costumbres! exclama el filósofo ginebrino; ¡qué gracia persuasiva en sus instrucciones! ¡qué elevacion en sus máximas! ¡qué profunda sabiduría en sus discursos! ¡qué presencia de ánimo, qué agudeza y qué precision en sus respuestas!... ¿Dónde está el hombre, dónde está el sabio que sabe obrar, padecer y morir sin debilidad ni ostentacion? Cuando Platon pinta el justo imaginario, cubierto de todo el oprobio del crimen y digno de todos los premios de la virtud, pinta á Jesucristo lineamiento por lineamiento: la semejanza es tan patente, que todos los santos padres la han advertido, y no es posible equivocarse. ¡Qué preocupado y ciego es menester estar para atreverse á comparar al hijo de Sofronisca con el hijo de María! ¡Qué distancia del uno al otro! Sócrates que moría sin dolor y sin ignominia, sostuvo fácilmente hasta el fin su papel; y si esta muerte fácil no hubiera honrado su vida, se dudaría si Sócrates con todo su talento fué más que un sofista. Dícese que inventó la moral: antes de él la habian practicado otros, y él no hizo sino reducir á lecciones los ejemplos de aquellos... Pero Jesucristo ¿dónde habia tomado entre los suyos aquella moral elevada y pura, de que él solo ha dado lecciones y ejemplo...? La muerte de Sócrates, filosofando tranquilamente con sus amigos, es la mas dulce que puede desearse; la de Jesus, espirando en los tormentos injuriado, bafado y maldecido de todo el pueblo, es la mas horrible que puede temerse. Sócrates, al tomar la copa del ósigo, bendice al que se la presenta llorando; Jesus, en medio de un suplicio horrible, pide por sus encarnizados verdugos. Si la vida y la muerte de Sócrates son de un sabio, la vida y la muerte de Jesus son de un Dios. ¿Dirémos que la historia del Evangelio se inventó al capricho? No se inventa así... En el fondo, esto es apartar la dificultad sin destruirla; sea mas inconcebible que muchos hombres de acuerdo hubieran forjado este libro, que el que uno solo haya dado materia para él. Ningun autor judío hubiera hallado jamás ese tono y esa moral, y el Evangelio tiene caracteres de verdad tan sorprendentes, tan completamente inimitables, que su inventor seria mas asombroso que su héroe." (*)

Esa brillante página bien merece ser acompañada de las brillantísimas que un célebre racionalista, representante de la ciencia alemana y uno de los orientalistas mas distinguidos del siglo, ha trazado en una obra monumental que, no obstante haber salido de manos de un incrédulo, merece toda nuestra atencion. Ewald,

(*) Rousseau citado por el P. Perrone en su TRATADO DE LA VERDADERA RELIGION, primera parte, cap. V.

acaso el racionalista alemán mas sabio de los hombres de su escuela, es quien las ha trazado. Repitémoslas como un homenaje á nuestro adorable Salvador, quitándoles los borrones de error que las empañan.

"Toda la cuestion estriba en esto; ¿es verdad que en Jesus de Nazareth se hizo ver realmente en la tierra la vida divina y humana mas alta, mas pura que jamas sea posible que aparezca en ella?

"¿Estuvo esa vida constantemente victoriosa del error y del mal...?"

"¿Esa vida, aunque incesantemente en lucha con las olas cada vez mas encrespadas y embravecidas de la perversidad humana, ¿no estuvo siempre perfectamente exenta de ella?"

"¿Esa vida, tomada en el seno de Dios, fundó el reino de Dios para Israel y para todas las naciones, para todos los hombres y para siempre?"

"Pues bien, ese es cabalmente el fruto de las averiguaciones mas exactas y de la ciencia mas profunda.

"¿Qué pueden decir de esa vida del Cristo los que hoy endía dudan? ¿No está en toda su realidad ante nuestros ojos? ¿Acaso toda nueva averiguacion y todo nuevo esfuerzo científico no hace resaltar su realidad en una claridad mas esplendente? ¿No se encuentra su sublimidad siempre mas sorprendente de lo que se habia pensado?"

"Sí, esa vida es, hasta el fin, para todos los siglos, la luz que alumbrá á todo el género humano. ¿Y quién puede por lo tanto tener todavía apego al error, quién puede estar abatido, descorazonado, si ha divisado esa luz una sola vez? Y ¿en qué tiempo, en qué lugar, en qué corazón no brilla esa luz?"

"Cuando el Cristo aparece y comienza su obra, todo se transforma, por él y en derredor de él, en foco viviente, de donde salen actos y experiencias de divina regeneracion. Salud de las almas, vigor de las almas absolutamente nuevo, poder de curacion que se extiende del alma al cuerpo y que sana al alma y al cuerpo de sus mas tenebrosas é incurables llagas.

"Para él lo que hay de mas humilde se transfigura, y los hechos pasajeros de nuestra humanidad vienen á ser la enseñanza de la verdad permanente. En su luz, toda la historia humana se transforma en historia de la religion, de la verdadera y suprema religion. Pero lo que todos los siglos en que él no está, no enseñan sino oscuramente y con incertidumbre, los cortos dias y años en que él está lo enseñan de una manera sorprendente por sus menores sucesos.

"En todos los hechos de curacion obraba por su espíritu; todo estaba pene-

(*) Sainte Beuve, PORT ROYAL (ed. de 1867), tomo III, pág. 350.